

PAGINAS DEL DIARIO DE LOS EXPEDICIONARIOS

Día 24 de Abril

Juanjo Amezgaray

Cosas de chinos

6,30 de la mañana. Salimos del C.B. con intenciones de montar el C.1, Garaioa, Felipe, Juanito, Xabi y yo. Otra vez la infernal morrena, coger material del depósito y camino del collado Asfixia. Llegamos y vemos unos puntos diminutos que se mueven por el glaciar, mosqueo. Nos decidimos y bajamos hacia el Tibet, pues el collado es paso fronterizo. Llegamos al glaciar en media hora y Atxo y Felipe se adentran por él para tratar de explorarlo y buscar un sitio por donde lo podamos cruzar, pues es una parte del itinerario que tenemos que descubrir.

Nosotros, mientras tanto, empezamos a igualar el suelo con la pala para montar dos tiendas y pasar la noche, lo que nos cuesta gran esfuerzo. Cuando estamos montando la primera, de repente nos vemos rodeados de chinos que van saliendo por entre los montones de piedras como apariciones. Son en total 14 y por señas nos impiden seguir con la faena.

Se quedan como vigilantes y da la impresión de que esperan a alguien.

En unos minutos llega el personaje. Lleva una chaqueta y gorra bisera todo de color rojo y se le nota voz de mando, como militar que es.

«Is Chaina» nos grita y señalando el collado nos dice «Nepal» despachándonos con fuertes gestos muy expresivos. Xabier intentando algo, le dice «Is no chaina, is Nepal» y el tío se cabrea y vuelven los gritos, «Is no Nepal, is Chaina».



Decidimos no insistir, pues llevamos las de perder. Les damos a entender que tenemos dos amigos que han entrado al glaciar y nos damos cuenta que ya lo saben: en realidad a

Durante el periodo de aclimatación realizamos ascensiones a las cimas del sector.

Día 28 de Abril

Mikel Ruiz de Apodaka

Hoy ha sido un día triste. Después de una semana de exploración por los glaciares del Cho Oyu nos hemos reunido todos en el Campamento Base y hemos tenido que aceptar la cruda realidad: de momento ni siquiera podemos intentar la montaña que ocupa nuestros pensamientos desde hace tiempo.

Desfilan por mi mente la cantidad de «rollos» que hemos tenido que superar para llegar hasta aquí y ahora no hay gran cosa que hacer, sólo esperar. Y para hacer más llevadera la espera, hemos pedido material de Namche para equipar una arista de 1.000 m. que lleva a una esbelta cumbre virgen de 6.800 m. Pero el camino por la arista será difícil e incierto y no nos hacemos demasiadas ilusiones.

Son ya las 10 de la noche y el frío es intenso en la tienda-comedor; solamente la bombilla que alumbrá la última partida de mus da un poquito de calor a la escena.

Estamos haciendo comentarios jocosos sobre la cara de Nima al darse cuenta de que en el Campamento Base hay luz artificial (gracias a los generadores que alimentan los aparatos de investigación médica) y alguien se pregunta: —¿Qué estará haciendo nuestra gente en Vitoria?

A 7.050 metros, colocamos el Campo IV en el hombro del monte, siendo un lugar muy venteado.

Felipe y Atxo también los habían visto y los tenían controlados. Cuando por fin aparecen y después del consiguiente cabreo, recogemos las mochilas tratando de que no nos vean los Talkys, pues tenemos miedo que nos traten de espías o de cualquier cosa; ya no nos extrañaría nada.

Nos sacan varias fotos a todo el grupo y empezamos a andar hacia el collado.

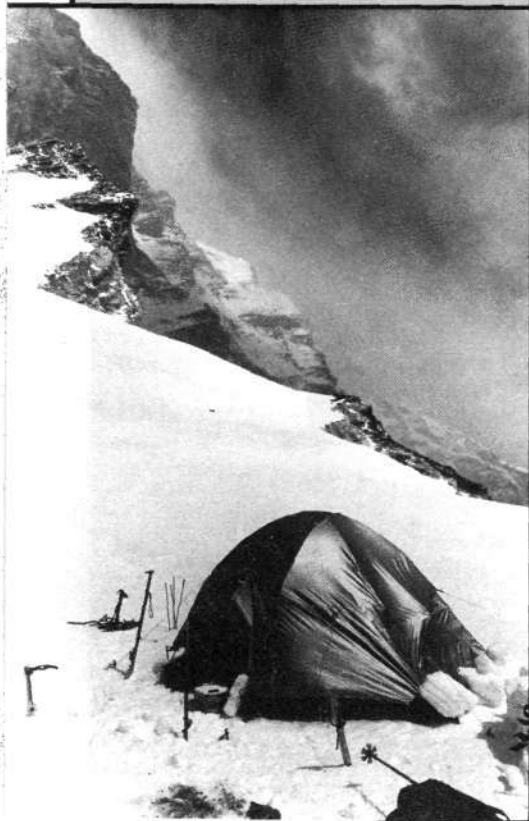
Intento sacarles una foto a ellos y empiezan todos a gritarme, a poco más me quedo sin cámara. Sin embargo, sigo en mis trece y cuando estamos a unos cien metros de ellos preparo la cámara otra vez según voy andando y en una media vuelta rápida con la cámara a la altura de la cintura, les disparo una foto a bulto. Me vuelvo rápido pero me da la impresión de que se han dado cuenta. La foto salió mal, pues al sacar sin mirar, sólo salieron las huellas de nuestros pasos en la nieve.

Llegamos al collado en media hora y a 20 minutos hacia abajo, montamos las dos tiendas en un ambiente de total decepción, pues nos damos cuenta de que prácticamente nos podemos despedir del Cho Oyu; encima está nevando.

Tras hacer cálculos de la fecha y hora, nos damos cuenta de que hoy es 28 de abril. San Prudencio e inmediatamente aparece sobre la «mesa» una de las dos botellas de whisky que tenemos para las ocasiones especiales.

Nima nos contempla boquiabierto mientras intentamos, a base de golpear platos y cucharas sacar los compases de la Tamborrada. Debe de pensar que estamos borrachos antes incluso de empezar con el licor.

Fuera ha dejado de nevar y la luna brilla con fuerza. ¿Cambiará nuestra suerte?



Día 9 de Mayo

Juanjo Amezgaray

Ayer nos enteramos que los chinos han hecho cumbre días atrás y que ya se han retirado del monte, así que mientras unos recogen parte del material que tenemos por la arista que estamos intentando, de un bonito monte de 6.800m., Juanito y yo salimos con la intención de hacer un porteo de material hacia el todavía desconocido para nosotros Campo 1.

Salimos a las 9.30. Dos tiendas y una caja de cargas de propano cada uno.

Otra soba por zona de morrenas y glaciar. Yo llego a lo que creemos es el C. 1 hecho polvo. Es un mal sitio para montar el Campo, pues no hay ningún sitio plano: todo son grandes montones de piedras excepto dos balsas de agua helada donde, pensamos, se podrían montar las tiendas. Hemos subido con miedo de que todavía quedara algún chino por ahí despistado y que nos volvieran a pillar en terreno tibetano, pues ya tenían una foto de nosotros dos y no nos hacía ninguna ilusión que nos volvieran a retratar.

Y de pronto los vimos. Eran dos, bajaban hacia nosotros con unas grandes cargas y de momento nos quedamos sin aliento, hasta que nos dimos cuenta de que aquellos dos tipos, de militares no tenían nada.

Eran una pareja de auténticos tibetanos, con unos trajes de piel con el pelo hacia adentro. Llevaban una gruesa trenza adornada con unos aros de hueso tallado y pendientes de piedra azules. Para calzado, unas simples zapatillas de lona y suela de goma.

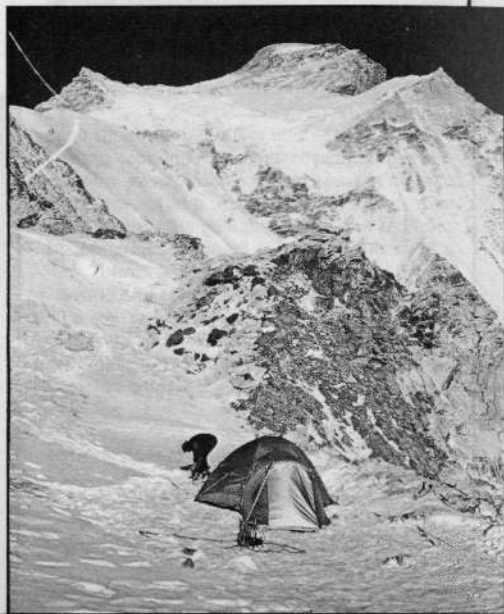
Bajaban porteando unos enormes sacos cargados hasta los topes, de latas de conservas abandonadas por los chinos en el C. 2 y entonces nos dimos cuenta que no eran más que unos simples piratas de las alturas. Esto nos alegró, pues era señal evidente de que los chinos ya no estaban. Nos pusimos a hablar con ellos y entre señas, inglés y algo de nepalí, nos dijeron, después de darles tabaco, que los militares chinos ya se habían bajado a Lhasa en camiones, que ellos habían llegado hasta el C. 2 de donde bajaban la comida y que habían visto desde allí las cuerdas fijas que llevaban hasta el C. 3. Les insistimos sobre esto último y lo volvieron a confirmar. La noticia era buena.

Después les explicamos que estábamos con varios amigos y que formábamos parte de una expedición, que íbamos a intentar el Cho Oyu, para infundirles un poco de respeto y darles a entender que no estábamos solos. Nos pidieron gafas de sol, pues uno de ellos no llevaba.

Les dijimos que no teníamos más que las que llevábamos puestas y se largaron hacia abajo. Nos dio mala espina el tener que dejar el material que subíamos allí en depósito, pues pensábamos y no sin razón, que aquella pareja de contrabandistas, aparte de conocerse el te-

rreno de aquellos glaciares como la palma de su mano, eran capaces de arramplar con todo lo que se les pusiera por delante, pues para subir y bajar del C. 2 con semejantes cargas y el calzado que llevaban, hacía falta tenerlos bien puestos.

Comimos algo y al cuarto de hora les seguimos con la intención de vigilarles, pero por más que acelerábamos el paso no conseguíamos darles alcance, hasta que vimos en una zona nevada entrando en el glaciar, las huellas inconfundibles de unas zapatillas de suela de goma.



A 6.400 m. una pequeña tienda sirve de Campo II. Una vez conseguida la aclimatación después de tres semanas entre los 5.200 y 6.200, la mejor técnica de ascenso consiste en permanecer el mínimo tiempo posible en las grandes alturas. Si el cuerpo está bien aclimataado hay menos peligro de hacer complicaciones graves.

Seguro que han sido los dos tibetanos a los que dimos tabaco y seguro que ha sido hoy mismo; nos habrán estado vigilando y se han bajado por otra zona de la morrena distinta a la que subíamos nosotros.

Pensamos en seguir a los contrabandistas hacia abajo y tratar de pillarles, pues pensamos que no pueden estar muy lejos pero, pensando la ventaja que tienen sobre nosotros en cuanto a conocimiento del terreno, cambiamos de idea, aparte de que ayer vimos que llevaban puñales en unas fundas de latón; pero nos habría gustado haberles pillado en plena faena.

Alguno del grupo se toma las cosas con filosofía y comenta que así tenemos menos peso para portear hacia arriba. Lo que sí es cierto que el hecho de disponer de 4 tiendas menos, nos obliga a plantear el ataque de estos últimos días en estilo alpino, o sea, tener que montar y desmontar las tiendas, para cada campo, subiéndolas, cada día, pues no tenemos suficientes.

La Diosa de la Turquesa emerge majestuosa.

Día 10 de Mayo

Juanjo Amezgaray

Llevo ocho días seguidos en altura sin bajar al C.B. 8 de la mañana. Empiezo a preparar la mochila. Me levanto todos los días con la garganta muy seca por respirar por la boca y al despertarme, tengo los labios pegados por las morreras y me los tengo que despegar metiendo poco a poco la lengua entre ellos. Empezamos a desmontar las tiendas con mucho viento y frío, pues nos las tenemos que llevar para arriba. Hace mucho frío y un viento fortísimo, todo muy desagradable. A las 11 estamos de marcha, cruzamos el collado y el glaciar chino, recorremos la morrena y a las 3.30 llegamos al sitio donde ayer guardamos Juanito y yo las tiendas y el propano.

Y... lo que nos temíamos: nos han robado las cuatro tiendas, sin estrenar, hechas expro-

feso por la firma «L'Igloo» de Iruña para la expedición. Las cajas de propano están abiertas y hay cargas tiradas por el suelo. Seguro que anduvieron buscando los quemadores, menos mal que no los subimos, que si no, nos hubiesen llevado también el propano y se habría terminado la expedición allí mismo, pues estaban prácticamente todas las cargas que teníamos.



Día 14 de Mayo

Mikel Ruiz de Apodaka

Estamos a unos 7.500 m de altitud y hemos montado nuestra tienda en el borde inferior de una rimaya bajo la protección de un gran saliente. Nieva intensamente y hace mucho frío y viento pero por ahora «pasamos» de la meteorología y nos enfrascamos en la difícil tarea de organizar la noche para cuatro en el interior de una tienda diseñada para dos/tres personas. Hacia las 9 hemos conseguido terminar de cenar sin derramar ni una gota de sopa, hemos preparado dos cantimploras de agua para el desayuno y Juanito se ha fumado un Ducado sin quemar a nadie. Todo un éxito.

Fuera sigue nevando.

A la 1 y 1/2 de la madrugada Juanjo tiene que salir para satisfacer una imperiosa necesidad. Su trasiego provoca gruñidos de indignación ya que la tienda, en su interior, está tapiada por una gruesa capa de cristales de hielo que se desprenden al menor movimiento. Al volver, el parte del tiempo: está nevando.

Poco después de las 3 se inicia una conversación que viene a ser la expresión, en voz alta, de los pensamientos contradictorios que van y vienen por la mente de un «decidido» alpinista que de momento está mejor dentro del saco que fuera:

—¿Cómo está el tiempo?

—Malo, está nevando pero menos que antes.

—¿Se habrá acumulado mucha nieve?

—No creo, hace bastante viento.

—¿Y si esperamos un poco a ver qué pasa?

—Imposible, se nos haría demasiado tarde. La verdad es que no hay alternativa. Hemos subido con lo justo en plan alpino, era la única manera posible, y no tenemos ni tiempo ni comida para otro intento. Así pues, iremos subiéndolo donde se pueda, quizá mientras tanto mejore el tiempo.

Tras más de dos horas de contorsiones, a las 6 de la mañana estamos listos al fin. Hace mucho viento y frío pero ha dejado de nevar y ahora, con las primeras luces del día, el panorama es casi ilimitado.

La situación me parece extraña e irreal, después de doblar tantos recodos a la carrera, ha sido preciso llegar hasta 7.500 m, para que todo fuera como yo me lo imaginaba hace meses a su ritmo normal.

8.000 m. Llegamos a las rocas y el superarlas es más fácil de lo que nosotros creíamos: durante una hora vamos sorteando el muro aprovechando los numerosos escalones y viras de nieve, en un continuo zigzag.

En esa zona Apodaka y Juanito, que van muy fuertes, se nos han distanciado a Iñaki y a mí. Ante nuestra vista aparece ahora una larga loma nevada que se pierde en el horizonte y parece no tener fin; no hay ni rastro de la cumbre que pensábamos tener ya al alcance de la mano. Me doy cuenta que hemos entrado en la cota 8.000 y que tal vez la hayamos rebasado. Voy subiendo como un autómatas, despacio pero seguro, concienciado de que la cumbre es nuestra y estoy seguro de que voy a llegar arriba, falte lo que falte por terminarse la loma ésta. Voy contando los pasos: cada 25 metros me paro y cruzando los brazos sobre las empuñaduras de los bastones de esquí, apoyo la cabeza en ellos y trato de recuperar el ritmo de la respiración. Al levantar la vista lo primero que hago es mirar a los dos de cabeza para ver si se han parado ya en la cumbre, pero siempre los veo que continúan. Hay veces que no puedo llegar a los 25 pasos y me quedo en 18 ó 20. Hasta que por fin, cuando llevamos más de media hora de interminable loma, al levantar la vista, veo que me están haciendo señas agitando los brazos. Comprendo su mensaje: ¡están en la cumbre! Me vuelvo para hacerle las mismas señas a Iñaki, que viene unos 50 m. por detrás de mí y me responde de la misma manera; ya se había dado cuenta de lo que pasa.

En cinco minutos estamos los cuatro reunidos en un fuerte abrazo, sin poder disimular nuestra emoción. Son momentos que se viven, quizá una sola vez en la vida y creo que a los cuatro nos corre alguna lágrima por debajo de las gafas. El paisaje desde esa altura es sencillamente increíble, un mar de picos nos rodea, todos como hundidos mil y dos mil metros por debajo de nosotros y nos da una sensación de altura que, a mí particularmente, me acojona un poco.

Es exactamente la 1 y 1/4 de la tarde; nos ha costado subir siete horas y cuarto. Tengo en mi mente muchos pensamientos arremol-

Quizá por eso me da la impresión de que no estoy aquí, de que no es posible que de verdad todo vaya bien, pero Juanito ya se ha puesto en marcha haciendo algún chiste sobre los bastones que Juanjo se ha empeñado en atar a la mochila. Parece que nuestra suerte ha cambiado aunque... ¿no la habremos hecho cambiar un poco nosotros mismos con nuestra tenacidad a prueba de bomba?

nados y confusos y estoy algo mareado, o por lo menos me da esa sensación. El único detalle que nos indica que estamos en la cumbre, es un mástil metálico pintado de amarillo, como de un metro de altura, con una pequeña bandera china también metálica de color rojo, con varias estrellas amarillas (está como recién pintada y suponemos que la habrán puesto nuestros «amigos» los chinos que nos procedieron). Nos sacamos fotos individuales y de grupo y al cabo de una media hora decidimos bajar, pues el frío y el viento son intensos, creemos que unos 35 bajo cero. Tenemos los bigotes y las barbas cubiertas de gruesos bolos de hielo y yo noto que tengo dificultad para hablar, pues la articulación de la mandíbula, casi no la puedo mover, del frío que tengo en la cara.

Bajamos lo más rápido que podemos y al empezar a bajar las bandas rocosas, tengo una enganchada con el grampón en un cubrebota, que me hace perder el equilibrio, y me caigo largo, me levanto y veo un guante en el suelo que se me había salido de la mochila mal cerrada al caerme. Al meterlo adentro, me doy cuenta que no tengo la Canon, les aviso a los otros lo que me pasa y creo que me la he dejado en la bandera de la cumbre colgada y olvidada. Mis intenciones son de subir a por ella pero me las quitan de la cabeza, pues tal vez llegar allí me costaría cerca de una hora. Empiezan a mirar por la nieve en el sitio de la caída y aparece 3 ó 4 metros por debajo de un escalón de roca. Un buen susto y el primer aviso de que los reflejos empiezan a fallar a causa del cansancio. Llegamos al final de la loma donde a la mañana nos hemos desencordado y allí mismo nos volvemos a encordar. Vamos bajando bastante rápidos y en poco tiempo, unas dos horas, llegamos al último muro rocoso que nos queda. Lo bajamos por la misma canal por donde lo subimos. Estamos cansados y un poco nerviosos, pues en algún momento no nos ponemos de acuerdo a la hora de buscar el camino de vuelta. Al descender el muro de hielo de tres metros que está encima de la tienda y es el último obstáculo que nos queda por hoy, Iñaki se despista un poco, se desequilibra y cae unos 15 ó 20 m. hasta que se controla y se para con el piolet. No era zona peligrosa pero son ya las 4 de la tarde, hace ya diez horas que estamos andando hoy y este tipo de despistes y otros mayores, son corrientes a causa del cansancio y la pérdida de reflejos.

Cenamos poco y mal, agotados. Hace una noche infernal, ventisca y frío.

Día 15 de Mayo

Juanjo Amezgaray

Nos despertamos a las 4 después de una nochecita a 18 grados bajo cero dentro de la tienda.

Nos ha costado dos horas entre desayunar y prepararnos. Salimos a las 6. Hace un frío horrible. Nada más salir del Campo hay un muro vertical de unos tres metros que hay que escalar a punta de grampones.

Vamos encordados, yo voy de último. Subimos a un ritmo muy rápido como si estuviéramos en Pirineos, y yo me quedo agotado, en un momento no puedo ni recuperar la respiración, pienso que es el final. Les digo que a ese ritmo no puedo seguir y me mandan pasar adelante en cabeza de cordada y que vaya a mi ritmo. Comenzamos una larga pendiente de frente hacia un muro rocoso al que se le adivinan varias canales por las que se puede superar; elegimos la que mejor nos parece y nos dirigimos hacia ella. Esto tiene más aliciente que en días anteriores, pues tenemos que adivinar por dónde va la ruta. Superadas las rocas, comenzamos a cruzar hacia la derecha en una larguísima travesía ascendente. Hace un viento muy fuerte. Vamos buscando la protección del viento, tratando de buscar rocas y piedras para acurrucarnos detrás de ellas, pero todas son de poca altura y prácticamente no nos tapan nada. Siguiendo la media ladera, siempre ascendiendo, llegamos al borde superior de una gran loma redondeada donde la pendiente se suaviza bastante. Allí mismo nos desencordamos y vamos de frente hacia unas bandas rocosas muy características que se ven desde la base del monte, a una altura ya cercana a los

17 de mayo. Desde arriba, la vista del Everest me trae bellos recuerdos. Felipe también estaba allí.

